

Señoras y señores, buen día.

Muchos se preguntarán qué vínculo podría tener con Colombia, una persona nacida a 17.819 kilómetros de distancia. Pues debo decirles que son varios los vínculos: en parte, tengo origen latino, como quiera que fuimos colonizados por Portugal que nos dejó un aporte cultural semejante al español, la lengua, el mestizaje, entre otros.

Pero en verdad, lo que más me une a Colombia, es el valor y coraje con los que ha enfrentado los conflictos, para avanzar y dejar atrás años de violencia, a través de procesos democráticos, que, quierase o no, están llamados a ser ejemplo de resiliencia y perdón.

Mi país, una lejana Isla en el sudeste Pacífico también fue colonia, como ya lo dije, que en pleno siglo 20 sufrió una agresión violenta en la que fuimos despojados de nuestras tierras, deportados, masacrados, al punto de pretender extinguir nuestra identidad como pueblo, lo que nos obligó incluso, a organizarnos como guerrilla, una guerrilla que luchó desde las montañas para defendernos. Al tiempo, nos organizamos como sociedad civil, aprendimos la lengua del ocupante y empezamos a llenar todos los espacios que nos ofrecieron tribuna para denunciar nuestro sufrimiento.

Tiempo después, la Comunidad Internacional comprendió la justeza de nuestra lucha y logramos que se aceptara nuestro pedido de Referéndum para obtener la autodeterminación. De esto hace solo 21 años. Es esta, otra razón, para que mi país, y yo, de manera particular, desde mi espacio privilegiado, nos sumemos al apoyo de causas que consideramos justas como es la de Colombia.

UN POCO DE HISTORIA.- Corría el año 1998, cuando nos encontrábamos en plena negociación con el Consejo de Seguridad para la aprobación del Referéndum para Timor Oriental, cuando amigos colombianos me hablaron del interés de algunos religiosos, de pedir mi intervención para obtener la liberación de 15 niñas, todas menores de edad que habían sido secuestradas por los paramilitares en el norte de Antioquia, y que, en un acto, diría yo, valeroso pero imprudente, la guerrilla del ELN las había rescatado. Los religiosos jesuitas consideraron que yo podría intervenir, y no vacilé un

instante en aceptar, habiendo previamente desde el exterior, concertado con los actores que aceptaron de buen agrado mi intermediación.

Vine a Colombia en junio de 1998 y luego de las visitas de rigor en Bogotá, me dirigí hacia la zona concertada donde sin ningún condicionamiento fui recibido. No se hicieron exigencias de alguna índole, y las menores me fueron entregadas. Por intermedio de la UNICEF fueron trasladadas al organismo que en Colombia se ocupa de los niños.

De mis conversaciones con diferentes actores de la época, que me apoyaron en esta cruzada, pude conocer del sufrimiento de los colombianos a causa de una guerra cruel y extensa. Pero al tiempo pude percibir el cansancio de lado y lado, lo que me llevó a pensar que podría ser el comienzo del fin. Regresé a mi base, pero seguí de cerca la situación y cuantas veces pude, les hablé de nuestra experiencia y de cómo llegamos a triunfar. Esto para significarles que desde hace muchos años estoy vinculado a la causa de su país, y por la que me gustaría hacer más, para que la paz llegue para quedarse definitivamente.

Cuando en el año 2012, tuve noticias de que se abrirían negociaciones entre el gobierno y las FARC, no tuve más que celebrar el coraje del presidente Santos, y la disposición de la guerrilla de sentarse a conversar de paz. Sabía que, no sería un camino fácil, que tomaría tiempo, pero que llegarían los acuerdos.

Como fue un proceso único en el mundo por las condiciones mismas y por las reivindicaciones de las partes, tuvo mucha trascendencia a nivel internacional. Era el tema de conversación en muchos círculos, pero en todos se aplaudía y se esperaba con ansiedad, que la paz en Colombia fuera ya una realidad; que las armas se callarían, y que, quienes las detentaron por tantos años, entrarían a hacer parte de la legalidad y de la construcción desde allí, de un nuevo país.

Hermanos colombianos. Se, cuán difícil es perdonar y reconciliarse con aquellos que asesinaron a nuestros hermanos, violaron a nuestras hermanas, torturaron a nuestros parientes, desaparecieron a nuestros hijos. Es cierto, pero debemos tener presente que cuanto más dure el conflicto, más profundas serán las cicatrices del alma y por lo tanto más difícil borrar las pesadillas, los recuerdos, el dolor y todo aquello que sentimos. No hay otra manera. Tenemos que seguir viviendo. Debemos reconstruirnos, y esto no lo

podremos lograr si estamos obsesionados con el deseo de venganza o consumidos por la ira.

A cuatro años de la firma del Acuerdo, es una oportunidad única para que la paz sea una realidad en Colombia, luego de un conflicto de más de 50 años. Y a quienes, por una u otra razón no comparten lo definido en el Acuerdo, les pido que le den un tiempo de gracia; luego podrán empezar a ver las bondades de lo que significa vivir en paz.

A quienes no confían en el proceso de paz, les digo: es comprensible en cierta manera. No se puede esperar que todos los colombianos sientan de la misma forma; no todos han vivido la guerra de cerca o con la misma intensidad; no todos han sido víctimas directas del conflicto.

Conocemos que todos los presidentes, en estos más de 50 años de conflicto, buscaron por diferentes medios terminar con la guerra. El presidente Santos lo logro, y por haber sido el ideal de todos los anteriores gobernantes, el camino noble a seguir es respaldar este proceso. Partamos del principio, que no todo lo elaborado por el hombre es perfecto, pero se imaginan lo que sería ese hermoso país, si 50 millones de colombianos deciden empezar una reconciliación, ¿después de tantos años de sufrimientos? No dejen escapar esta oportunidad; todo lo contrario, despejar el camino que los liberará de tanta ignominia.

La Comunidad Internacional, que ha acompañado y seguirá acompañando este proceso, solo pide que se den la oportunidad de disfrutarla, aun con todos los tropiezos que se puedan encontrar. Es normal, repito. Es obra de humanos. Pero puedo garantizarles, que en esto ha prevalecido la buena fe y mucha voluntad.

Si, se necesitó coraje para hacer la guerra, igualmente se necesita para lograr la paz. De allí mi sincera petición al pueblo colombiano: crean en las bondades que traerá vivir en paz; crean en la voluntad de los actores de todos lados, y, si estos llegan a fallar, serán ustedes mismos los llamados a exigirles.

Les hablo desde lo más profundo de mi corazón. Yo, que viví la guerra en toda su dimensión y que hoy, después de haber superado distintas etapas, unas más

duras que otras, logramos liberar nuestras almas de rencores y odios y puedo decirles que poco a poco, vamos avanzando.

Mis felicitaciones sinceras a todos los que tuvieron el valor de apostarle a la paz, a los que siguen impulsándola, a los que desde afuera hicieron aportes a este complejo proceso, mi invitación es a que no desfallezcan. Los seguiré acompañando.

JOSE RAMOS HORTA

PREMIO NOBEL DE LA PAZ